EL HÉROE POR FUERZA

DRAMA CÓMICO EN TRES ACTOS

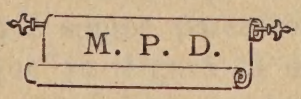
ARREGLADO AL TEATRO ESPAÑOL

POR

D. VENTURA DE LA VEGA

Este drama ha sido aprobado para su representacion por la Junta de censura de los Teatros del reino en 13 de Abril de 1849.

TERCERA EDICION.



PRECIO: 6 REALES.

MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE E. CUESTA,
Calle de la Cava-alta, núm. 5.
1880.

16

PERSONAS	ACTORES
Daniel Robinson.....	D. Antonio de Guzman.
Jorge Robinson.....	
Tobi.....	D. Pedro Sobrado.
Sir Guillermo.....	D. José Perez Pló.
Lord Mulgrave.....	D. Lázaro Perez.
Lovel.....	D. José Díez.
Peters.....	D. José de Guzman.
Sara.....	Doña Josefa Rizo.

Acompañamiento.

La escena es en Inglaterra, en 1745: *el primer acto en Preston, el segundo en el campamento del ejército real, y el tercero en Lóndres.*

Esta composicion pertenece á la Galería Dramática que comprende los teatros moderno, antiguo español y extranjero, y es propiedad de su editor *D. Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del reino, ó en los liceos y demás sociedades sostenidas por suscricion de los socios, con arreglo á la ley de propiedad intelectual de 10 de Enero de 1879 y publicada en la *Gaceta* del 12 del propio mes y año.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el patio de una fábrica de cerveza.—A la izquierda la entrada de la fábrica; á la derecha la habitacion con una escalera que conduce á la puerta: el fondo cerrado por una tapia, en cuyo centro hay una gran puerta por donde entran los carros.— Varios instrumentos de fabricacion, costales, carros, etcétera.—Hay una campana á la izquierda: un banco á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

PETERS; luego los mozos de la fábrica.

PETERS. (Sale por la derecha y toca la campana.) ¡Ea! Ya es hora de empezar el trabajo. (Van saliendo los mozos por el foro.) ¡Vamos, vamos, muchachos! Que ya habeis tenido tiempo de descansar. No diga el amo que somos perezosos. Al trabajo con brios, que ya llegará el domingo y bailaremos. Nosotros debemos tener á honra el pertenecer á la fábrica del señor Daniel Robinson, porque nuestra fama vuela por toda Inglaterra, donde no se conoce mejor cerveza que la que elaboran estas manos que están presentes. ¡Pues y el amo! ¿Qué hay que pedirle? ¡Quién no sirve de rodillas á un hombre tan honrado, tan generoso! ¡Eh!

TODOS. ¡Es verdad, es verdad!

PETERS. ¡Con que, ánimo! ¡A trabajar, muchachos!

TODOS. Vamos allá, vamos allá. (Cuando todos van á dirigirse al trabajo, baja Daniel por la derecha con un taleguillo de dinero.)

721863

ESCENA II.

DICHOS y DANIEL.

DANIEL. (Muy gozoso.) ¡Alto ahí, muchachos! ¡Hoy no se trabaja!

TODOS. ¡Cómo!

DANIEL. Que no se trabaja digo. Hoy es dia de asueto.

PETERS. Pero señor...

DANIEL. Venid acá. No solamente no quiero que trabajeis, sino que... ¿veis ese taleguillo de dinero? Pues lo voy á repartir entre vosotros.

TODOS. (Rodeándolo.) ¡Bueno, bueno!

PETERS. ¡Pero, señor Daniel!... ¡Si hoy no es sábado, que es el dia de pagarnos el jornal!

DANIEL. Yo hago sábado cuando me da la gana: no seas tonto y calla. (Abriendo el taleguillo.) Ea, tomad, tomad...

TODOS. (Mirándose entre sí.) ¿Qué será esto?

DANIEL. Estais en Babia, ¿eh? ¡Mejor! Quiero que hoy todos los que me rodeen estén contentos, porque... porque habeis de saber... (Dando dinero á uno.) Toma, toma tú. Esto quiere decir... (Dando á otro.) Toma tú, que te despachurraste un dedo el otro dia. ¿No adivinais qué es esto? Pues... (Dando á otro.) A ver tú, que tienes á tu madre con rehuma, llévale eso. Si yo os dijese... (Dando á otro.) Anda, para que vistas á tu chico. (Dando á los demás.) ¡Toma tú, gruñon! Y vosotros... ea, todos sois buenos trabajadores; á vosotros debo la prosperidad de mi fábrica, y quiero que celebreis el dia de hoy. (Dando á Peters.) Toma tú el fondo del talego, anda; llévate el original.

PETERS. ¡Muchas gracias, señor Daniel! Pero yo no alcanzo... ¿pues qué dia es hoy?

DANIEL. ¿Hoy? ¿A qué ninguno lo acierta? Hoy es el dia... luego, luego os lo diré. Marchad á pone-

ros la ropa de los domingos, y volved por acá con las muchachas.

PETERS. ¿Y entonces sabremos?

DANIEL. Sí, sí, marchad. (Todos menos Peters se van por el foro.)

PETERS. Ya lo habeis oido; el amo manda que hoy estemos todos contentos, yo no sé por qué; pero no importa. (Volviendo á la escena.) ¡Oh! ¡Y yo estoy contento, contento como una pascua!

ESCENA III.

DANIEL y PETERS.

DANIEL. ¡Eso, eso, Peters! Quiero que se salte, que se brinque. Os convido á comer á todos, y si quereis saquearme la fábrica, ¡mejor!

PETERS. ¿Conque tambien comida?...

DANIEL. ¡Ya tengo encargada una que será digna de ofrecerse á nuestro Rey Jorge II!

PETERS. ¡Vaya! ¡Pues entonces alguna cosa muy gorda ha ocurrido! ¿Habeis heredado?

DANIEL. No.

PETERS. ¿O habeis contratado proveer de cerveza al ejército que ha venido ahí á hacer frente al Príncipe Eduardo?

DANIEL. ¡Dale, dale! ¿Qué te importa á tí lo que es? Come y bebe, y no preguntes.

PETERS. Está bien, mi amo. Comeré bien y beberé mejor. Sólo que... ya se ve... por lo regular, siempre le gusta á uno saber por qué se divierte.

DANIEL. ¡Qué pesado! Pues es porque... eres un hablador y lo vas á decir antes de tiempo. Anda, ve á la taberna de Ploston, ahí á la esquina, y dile que quiero la comida para las tres en punto... y haz poner las mesas ahí en la sala baja.

PETERS. ¿Y seremos muchos?

DANIEL. (Contando.) Los mozos... las muchachas... esto es, cuarenta personas.

PETERS. Entonces... (Cavilando.) Se pondrán... aguardad... se pondrán... ¿cuarenta cubiertos?

DANIEL. No: pon cuarenta y uno. No te olvides; cuarenta y uno. Sí, porque vendrá mi hermano, mi querido Jorge, esta mañana le escribí; ya hace dos años que no le veo, ¡como el pobre es militar! Y un oficial no puede separarse de sus filas, y más en tiempo de guerra. Ahora que ha venido con el ejército á pocas millas de Preston, quizá pueda hacer una escapatoria y venir á comer conmigo. ¡Si hoy consigo darle un abrazo, es dia completo!

PETERS. Lo quereis mucho, ¿eh?

DANIEL. ¿Que si le quiero? ¡Vaya! ¡Somos mellizos!

PETERS. Sí: ya me habeis hablado de él, y me acuerdo que me habeis dicho que se parece tanto á vos, que todos os confunden.

DANIEL. Vaya, no charles más: anda á hacer lo que te he dicho, que es tarde.

PETERS. Voy, voy. ¡Ah! ¡Y vereis yo qué vestido me pongo! Aquel que me hice...

DANIEL. ¡Bien, hombre, anda!

PETERS. ¡Voy, voy! ¡Cómo nos vamos á divertir! (Vase saltando por el foro.)

ESCENA IV.

DANIEL.

DANIEL. ¡Qué charlatan! ¡Y qué curiosidad les ha entrado á los muchachos! Rabiando están ellos por saber... ¡Pues no digo nada de Sara! Cómo se quedó parada, confusa... mirándome con aquellos ojazos tan hermosos... cuando la dije: «Sara, hoy no se hace labor: hoy hay fiesta en la fábrica: anda á ponerte el mejor vestido... cuélgate todos tus dijes... si te falta algo ve á comprarlo á la mejor tienda de la ciudad, y cueste lo que cueste, Daniel paga.» La pobrecilla estaba tan sorprendida, que no se atrevió

siquiera á preguntarme... (Aparece Sara en lo alto de la escalera.) Allí viene... ¡qué guapa! ¡Dios la bendiga!

ESCENA V.

DANIEL y SARA.

SARA. (Desde arriba.) ¡Ah, señor Daniel! ¿Estoy así á vuestro gusto?

DANIEL. ¡Como un sol! Baja, baja, que quiero verte de cerca. (Baja Sara.) ¡Preciosa, relumbrante como una platería!

SARA. ¡Como me mandásteis que me pusiera el fondo del cofre!

DANIEL. Sí, sí. ¿Pero quién te ha dado ese corpiño y todo eso?... Yo no te lo he visto nunca.

SARA. ¡Vaya, que quién me lo ha dado! ¿Ahora os haceis de nuevas? Pues qué, ¿pensais que no os veo yo todos los domingos cuando venís de puntillas, para que yo no os sienta, y me dejais en el costurero tres ó cuatro monedas de oro, y al momento echais á correr como si me hubiérais robado?

DANIEL. ¡Basta, basta, no hablemos de eso!

SARA. Sí señor, que quiero hablar: porque ese es un derroche, que es preciso que tenga fin. Yo estoy ya avergonzada de recibir tantos beneficios sin haber hecho nada para merecerlos. Por vos tengo yo más vestidos y más joyas que una princesa; por vos tengo yo aquí una habitacion alhajada como un palacio, y un taleguillo de dinero que no sé en qué gastarlo. Eso no es regular, señor Daniel, y ya es tiempo...

DANIEL. ¡Quieres callarte!

SARA. Es que...

DANIEL. ¡Dale! ¡Digo que calles y que no se hable de eso!

SARA. Pero...

DANIEL. ¡No sabes lo que te dices! ¿Ves todo eso que hago por tí? Pues todo eso no es nada ni vale nada... ¡y soy un ingrato!

SARA. ¡Calle!

DANIEL. ¡Si señor, un ingrato! Porque si yo pagase como es debido los beneficios que me hizo tu difunto padre...

SARA. Mi padre no hacia más que cumplir su obligacion, señor Daniel. Un obrero debe emplear sus brazos y su vida en servicio del amo que le paga.

DANIEL. ¡Ya! Un obrero, como los demás. Pero tu padre era algo más que eso: era un amigo, un verdadero amigo. Si yo me veo á los treinta años rico, dueño de esta fábrica, ¿á quién lo debo? á él, á su actividad, á su industria, y sobre todo á sus consejos. Sí señor; porque yo era un cuitado: aquí se establecieron otras fábricas de cerveza en competencia con la mia, y yo me acobardé, y ya me iba á arruinar... Pero él me animó, se puso al frente de todo, y se dió tal maña, que á poco tiempo echó por tierra las otras fábricas, y la mia quedó triunfante. ¿Qué tal? ¡Y no me habia y de encargar de la suerte de su hija que quedaba huérfana á los diez y seis años, sola en el mundo sin más bienes que sus virtudes y su inocencia, y ese palmito tan... vamos, vamos... cuando yo digo que soy un ingrato!...

SARA. Es que vos exagerais las cosas tanto...

DANIEL. Ea, no hablemos más de esto, porque me empezaré á entristecer, y hoy no es dia de tristeza. Ven acá, Sara. Díme: ¿no has adivinado qué objeto tienen esos preparativos de fiesta?

SARA. No.

DANIEL. Pues voy á decírtelo. ¿Sabes que por Pascua cumplí treinta años?

SARA. Ya lo sé.

DANIEL. Bien; pero lo que tú no sabes es que empiezo ya á fastidiarme de estar soltero. Cuando llega la noche y despido á los obreros, ¡me quedo en una soledad! Empiezo por pasearme por mi cuarto: á lo largo, á lo ancho, y al cabo me

aburro. Por fin me he preguntado yo á mí mismo: ¿Daniel, qué tienes? Y me ha respondido: lo que tengo es mucho deseo de verme rodeado de media docena de chiquillos que corran, que griten, que me tiren de la casaca, que me pellizquen las pantorrillas, en fin, que me diviertan.

SARA. ¡Ah! ¿Habeis pensado en casaros?

DANIEL. Chiquillos, no es difícil hallarlos; pero lo que sí es difícil hallar una mujer bonita, amable y juiciosa.

SARA. ¿Sí, eh? (Bajando los ojos.)

DANIEL. Y no hay más remedio que cerrar los ojos y apechugar. Si sale mal, ¡cómo ha de ser! ¡Paciencia! Pero se me figura que he encontrado lo que necesito.

SARA. ¿Sí? (Contenta.)

DARIEL. Sí: un poco lejos de aquí...

SARA. ¡Ah! (Con pena.)

DANIEL. La que he elegido dicen que es buena, que es amable...

SARA. (Con despecho.) Lo celebraré. Pero si os fiais de informes...

DANIEL. ¡Oh! Me la abona un corresponsal, y hoy debe llegar.

SARA. (Afligida.) ¿Hoy?

DANIEL. Sí; en los carros que vienen de Norwich: es hija de mi proveedor de cebada. Mira: aquí tengo la carta del papá. (Lee.) «Mi amigo y parroquiano: en respuesta á su favorecida del 16 del corriente, tengo el honor de participarle que hoy dia de la fecha y por conducto de los carros del convoy, le remito mi hija y cincuenta costales de cebada de primera calidad; espero que todo llellegará sin deterioro ni avería. Acúseme el recibo, y quedo, hasta nueva remesa, su afectísimo, etc.» Ya ves que la novia llega hoy: he querido recibirla con ostentacion... Conque, Sara, tú cuidarás de que nada falte.

SARA. (Llorosa.) Sí, señor Daniel.

DANIEL. Ea, me voy; tengo que dar disposiciones. Dime, ¿no te da gusto el saber que me caso?

SARA. (Sollozando.) ¡Sí, señor Daniel!

DANIEL. ¡Me alegro! Adios, Sara. ¡Eres una muchacha angelical! Pronto estaré de vuelta; adios, Sara. (Váse por el foro.)

ESCENA VI.

SARA.

SARA. ¡Gracias á Dios que estoy sola... reventando estaba por llorar! ¡Dios mio! ¡Yo que me levanté esta mañana tan alegre, qué lejos estaba de pensar!... ¡Quién me lo hubiera dicho! ¡Y que le ponga yo buena cara á esa mujer! ¡Imposible, eso sí que aunque me valiera un tesoro! ¡Ah, primero me marcharé... primero me iré de la fábrica por toda mi vida! ¡Sí, me voy, me voy!... (Despues de reflexionar.) ¿Y cómo me he de ir? ¿Qué pretexto doy? Si me pregunta el motivo, le he de ir á responder: me voy, señor Daniel, porque yo que no tengo nada, yo que soy una pobre huérfana, habia tenido la flaqueza de soñar que algun dia habia de llamaros... ¡Ah, qué vergüenza! ¡Y sin embargo, yo no me puedo quedar aquí!... Tampoco es toda la culpa mia. El con su trato cariñoso... con algunas indirectas que me ha dicho, me ha hecho formar esta ilusion. ¡Y ya se ve... como no se le puede tratar sin amarle! ¡Es tan generoso, tan honrado! (Llorando.) ¡Válgame Dios... qué engaño tan cruel! ¡Vamos, yo he nacido para ser desgraciada! ¡Pobre de mí!

ESCENA VII.

SARA y PETERS, en traje de fiesta.

PETERS. (A la puerta del foro.) En la sala baja he dicho; allí se han de poner las mesas. (Bajando al proscenio.) ¡Qué torpes son esos mozos!

SARA. (Limpiándose los ojos.) Peters, el señor Daniel ha mandado que todos estén hoy contentos: conque os lo advierto...

PETERS. ¡Calla... pues lo que es vos, no dejais de cumplir el encargo! ¡O soy yo ciego, ó vos estais llorando, señorita Sara!

SARA. ¡Yo no!

PETERS. ¿Qué teneis? Decídmelo. ¿Os ha faltado alguno al respeto? ¡Pobrecita!... Decídmelo y vereis... (Haciendo ademán de boxear.)

SARA. No, Peters, no: yo os doy gracias. Dejemos eso, y tratemos solo del recibimiento que debemos hacer á la novia del señor Daniel.

PETERS. ¡A su novia! ¿Cómo? ¿Pues qué... el amo trata de casarse... y no es con vos?

SARA. ¿Qué estais diciendo, Peters? ¡Conmigo! Pues yo acaso podia aspirar...

PETERS. El amo hace un disparate, señorita Sara, y yo mismo se lo diré en sus barbas.

SARA. ¡Guárdate bien de eso! Se incomodaria...

PETERS. ¡Pero es posible... tener nosotros ama y no ser vos! ¡Vaya... cuántas veces en nuestras conversasiones hemos dicho: cómo es que no se le ocurre al amo casarse... y en caso de hacer feliz á una mujer, á quién mejor que á la señorita Sara!

SARA. ¡Ya!... Pero él no me ama, Peters.

PETERS. Ya vienen los muchachos.

ESCENA VIII.

DICHOS. Los mozos y los muchachos vestidos de fiesta que salen por el foro; luego DANIEL.

SARA. (Aparte.) ¡Todos de fiesta! No quiero que las muchachas me vean triste y descubran...

PETERS. ¡Bien, muchachos, bien! Así me gusta, y habeis de saber que tenemos gran comida... y que bailareis... y bebereis... Allí viene el amo... ¡viva el señor Daniel Robinson!

TODOS. ¡Viva!... ¡Viva!...

DANIEL. (Saliendo.) ¡Nada de amo! Yo no soy vuestro amo... soy vuestro compañero... vuestro amigo... y como tal quiero que participeis de mi alegría... Porque ya es hora de descubriros el secreto: habeis de saber, amigos mios, que hoy me caso.

TODOS. ¡Se casa!...

SARA. (Aparte.) ¡Yo no voy á poder disimular!

PETERS. Pero, nuestro amo, ¿y la novia?... Decidnos, ¿cuál es la novía?...

TODOS. Sí... ¿cuál es la novia?...

DANIEL. La novia, ¿eh?... ¿Sois tan topos que no lo habeis adivinado? ¿Si cualquiera de vosotros tratara de casarse, á quién escogeria?... ¿A ver, tú, Peters, á quién escogerias?

PETERS. ¿Yo?... Pues claro está... yo, sin agraviar á nadie... cerca está la que escogeria...

SARA. (Aparte.) ¡Dios mio! ¡Me va á avergonzar!

DANIEL. ¿A quién, vamos?

PETERS. ¡Toma! A la señorita Sara.

TODOS. ¡Sí, sí... á Sara, á Sara!...

DANIEL. (Abriéndole los brazos con amor.) ¡Pues esa es mi novia!

SARA. ¡Dios mio!

TODOS. ¡Viva!... ¡Viva!...

SARA. ¡Yo! Señor Daniel, ¿quereis burlaros de mí? ¡Esta pobre huérfana!...

DANIEL. ¿Tú, si, tú eres la que yo elijo para verme feliz... ¿Me desprecias?

SARA. (Echándose en sus brazos.) ¡Yo!... ¡Pero estoy soñando!... ¿Y esa novia de quien me hablásteis?...

DANIEL. Fué una estratagema para sonsacarte... para conocer si me querias... ¿Qué tal? ¿Ves qué bien te engañé? ¡Soy yo muy pillo!

SARA. ¡Ah! ¡Qué feliz soy!

DANIEL. (Dándola la mano.) Ea, amigos, aquí os presento á mi esposa: festejadla con un bailecillo de los vuestros. Peters, que saquen cerveza. (Siéntase en el banco. Unos mozos entran por potes de cerveza. Peters dispone las parejas. Ejecútase el baile. Concluido el baile, todos aclaman á los novios.)

DANIEL. (Levantándose.) Ea, mientras llega el momento de ir á la parroquia, podeis marchar á divertiros á la huerta ó donde querais; pero no falteis á la hora.

TODOS. ¡Vivan los novios!... (Vánse por diversos puntos.)

ESCENA IX.

SARA y DANIEL.

SARA. ¿Conque es de veras? ¿Voy á ser vuestra esposa? Decídmelo otra vez, porque todavía se me figura que estoy soñando.

DANIEL. Sí, Sara, sí, vas á ser mi esposa.

SARA. ¡Dios mio!

DANIEL. ¡Dentro de una hora iremos á la parroquia juntitos... así... como dos palomos!... Y luego veras...

SARA. ¡Ah! Pues yo os prometo que no os arrepentireis nunca de lo que haceis por esta pobre huérfana...

DANIEL. Así lo creo.

SARA. ¡Os haré muy feliz!

DANIEL. En tu mano está.

SARA. Y os amaré siempre.

DANIEL. ¡Se entiende! Y á mí solito. ¡Esta dicha seria completa para mí si pudiera traerme á mi lado á mi hermano Jorge... si en lugar de ser capitan, quisiera venirse aquí á vivir en paz con nosotros... á disfrutar de nuestra hacienda... á divertirse con sus sobrinitos... y sus sobrinitas... porque eso sí, media docena de sobrinos le hemos de dar... ¡seguro!

SARA. ¡Mucho bueno me habeis contado de él... y tengo unos deseos de conocerle! Escribidle que se retire del ejército... que deje la milicia y se venga á vivir siempre con nosotros.

DANIEL. ¡Buena idea! (Reflexionando.) ¡Solo que... ahora me ocurre... diablura seria!

SARA. ¿Qué?

DANIEL. Pero puede que ya con treinta años...

SARA. ¿Qué cavilais?...

DANIEL. Nada; es una idea que se me ha ocurrido...

SARA. Yo soy vuestra mujer, y debeis confiármela.

DANIEL. Me estaba acordando de ciertas aventuras... ciertos lances pesados... y ahora que me caso, estoy por decir que me alegraria de que no viniese por acá.

SARA. ¿Y por qué?

DANIEL. ¡Por qué! Porque si vieras tú qué catástrofes me han sucedido por la maldita casualidad de parecernos tanto uno á otro, que todo el mundo nos confundia.

SARA. ¡Ah! ¿Y es ese el motivo?

DANIEL. ¡Yo he nacido víctima de mi físico! ¡Cuando niño era yo muy quieto, muy bonachon... bastante medrosillo... verdad es que ahora me sucede lo mismo: no lo puedo remediar! ¡Eso está en la masa de la sangre: en habiendo un peligro... me dan unas tentaciones de echar á correr!... Mi hermano era todo lo contrario: alborotador... diabólico, quimerista... tenia desesperada á toda la vecindad... cogia el perro de

uno y le cortaba la cola... pillaba el gato de otro y le cortaba una oreja... Los vecinos venian á quejarse á mi madre... y el maldito Jorge decia que habia sido yo, y ellos apoyaban y juraban que me habian visto... El resultado era una azotaina...

SARA. ¡Pobre Daniel! (Riendo.)

DANIEL. ¡Cuando yo era mozo... ya se ve, las diabluras eran de otra especie!... ¿Yo, que siempre fuí un borrico, cometia muchas veces la necedad de confiarle mis trapicheos... y ¿qué hacia el pícaro? Me armaba cualquier zancadilla para hacerme faltar á la cita, y aprovechándose de la maldita semejanza, iba en mi lugar... y... ¡Pues bien!...

SARA. (Riendo.) ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Qué chasco!

DANIEL. ¡Muchas gracias!

SARA. ¿Y eso qué tiene que ver para que no deseeis que venga?

DANIEL. ¡Hola!... ¿Qué tiene qué ver? ¡Friolera! Que mi hermano Jorge sigue siendo el mismo, valiente, honrado, eso sí... pero emprendedor, calavera... y con esa semejanza tan maravillosa que hay entre los dos, como hermanos mellizos... Si él viene con nosotros puede que la costumbre de divertirse á mi costa...

SARA. ¡Eh!... ¡Callad, callad!... ¿Sois capaz de pensar semejante cosa?...

DANIEL. ¡Es que no nos distinguirias!

SARA. ¿Creeis que mi corazon puede equivocarse?

DANIEL. ¡Tu corazon!... Tu corazon tomaria el rábano por las hojas... Si no tienes idea de lo parecidos que somos... ¡Vamos, la misma estatura, la misma cara, la misma voz... si es una cosa que asusta!

SARA. ¿De veras?... ¡Pues ya empiezo á entrar en cuidado!

DANIEL. ¡Cuando digo que la cosa es séria!

SARA. ¿Pero no hemos de tenerle nunca aquí?

DANIEL. ¡Si en la guerra se quedará tuerto... ó trajera, así... otra señal visible para distinguirlo!...

SARA. ¡Vaya! ¡Pobrecillo!

DANIEL. ¡Pues si no es un demonio! ¿A ver si tú encuentras algun medio?

SARA. Yo, ninguno.

DANIEL. ¡Calla, calla! Ya he dado en ello. Si él viene á vivir con nosotros, adopto este medio: siempre que sea yo el que vaya á acercarme á tí, diré: «juego limpio;» y así me distinguirás y no viviré expuesto á una trocatinta.

SARA. Corriente.

DANIEL. Pero cuidado, que si me acerco yo, y no digo nada, no soy yo, sino el otro yo: y entonces, ¡por el amor de Dios!...

SARA. ¡Callad! ¡No seais tonto!

DANIEL. Con todo, bueno seria que lo ensayásemos, para que te acostumbres... Mira: figúrate que tú te estás paseando por la huerta: va á anochecer... y yo vengo por allá... veamos. (Retírase hácia el foro.)

SARA. (Aparte.) Voy á hacerle rabiar.

DANIEL. (Aparte.) ¡Dios la conserve la memoria! (Va acercándose á Sara poco á poco: ella se está quieta. Al fin llega y la da un abrazo sin que ella se mueva.) ¡Caramba!... ¡Pues me gusta!

SARA. ¿Por qué os enfadais?

DANIEL. Conque no digo aquello, ¿y te dejas abrazar?

SARA. (Con malicia.) ¡Ah! ¡Se me habia olvidado!

DANIEL. ¡Cáspita!... ¡Pues es un olvido que me puede salir á la cara!

SARA. Empecemos otra vez. Ahora no me olvidaré.

DANIEL. ¡Veamos! (Vuelve á alejarse: acércase otra vez á ella, y cuando está á su lado dice:) «Juego limpio.» (Va á abrazarla, ella le da un empujon y echa á correr.)

SARA. ¡Quieto!

DANIEL. (Furioso.) ¡Por vida de los demonios!

SARA. ¿Por qué os enfadais ahora?

DANIEL. ¿Pues no he dicho aquello?

SARA. (Burlándose.) ¡Ah! ¡Si se me habia olvidado!

DANIEL. ¡Pues estamos bien! No hay remedio: tú me harás que renuncie al cariño fraternal. Perdóname, hermano mio; pero estas cosas son muy sérias.

SARA. ¡Tonto! ¡Pues no conoceis que lo he hecho por haceros rabiar!

DANIEL. ¿De veras?

SARA. ¡No tengais cuidado, que á los ojos de vuestra querida Sara, no os equivocareis con nadie de este mundo!

DANIEL. ¡Ay, me has hecho pasar un susto!...

SARA. ¡Para curaros de ese miedo! ¡Vaya que se os ocurren unas estravagancias!...

DANIEL. Ea, pues pensemos en la fiesta. Ya se va acercando la hora de ir á la parroquia: vamos á buscar á los muchachos: luego la comida, y á la noche baile, ¿te parece?

SARA. Muy bien.

DANIEL. ¡Pues ea! (Dan dos ó tres golpes fuertes á la puerta del foro.) ¡Calla! ¿Quién llamará así?

SARA. ¿Se habrá pasado la hora?

DANIEL. ¡Puede!

SARA. (Abriendo.) Adelante.

DANIEL. ¡Calla! ¡Es el sargento Tobi, el amigo de mi hermano!

ESCENA X.

DANIEL, SARA y TOBI.

TOBI. (Agitado.) Dios os guarde, señor Daniel: decidme, vuestro hermano... ¿el capitan está aquí?

DANIEL. No señor.

TOBI. ¿Cómo? ¿No está aquí?

DANIEL. No señor; pero eso no importa, amigo Tobi: sabed que hoy me caso, y tendré mucho gusto en que el mayor amigo de mi hermano nos acompañe á la comida y al baile.

SARA. Y la novia os convida, señor sargento.

TOBI. ¡Voto al diablo! ¡Buenos estamos ahora para novias y bailes!

SARA. ¿Qué teneis?

DANIEL. ¡Jesús! ¡Me habeis asustado! ¿Qué es eso?

TOBI. ¡Qué es eso!... Esto es que si mañana á las doce del dia no se ha presentado vuestro hermano en el campamento...

DANIEL. ¿Qué le harán?

TOBI. ¡Friolera; sentenciarlo como desertor, y si un dia le atrapan... pataplun! (Hace ademan de fusilarlo.)

DANIEL. ¡Santa Bárbara! ¿Qué estais diciendo?

SARA. ¿Pero se ausentaria del campamento con licencia?

TOBI. Sí; pero la licencia se ha cumplido hace ya tres dias: el regimiento está á doce millas de aquí, haciendo frente á una division del Príncipe Eduardo, el hijo del pretendiente: de un momento á otro nos enredamos con el enemigo, y mi capitan no estará al frente de su compañía, ¡voto va el demonio!

DANIEL. ¡Ay Dios mio, una batalla, ya no me llega la camisa al cuerpo!

TOBI. Yo creí que no podria estar sino aquí, y venia á avisarle.

SARA. Pues aquí no ha venido.

DANIEL. Pero puede que no corra tanto peligro, porque los jefes...

TOBI. Los jefes han usado ya demasiada indulgencia con él. Si esto no hubiera recaido en el capitan Jorge Robinson, que es querido de todos, tres dias há que le hubieran sentenciado.

DANIEL. (Llorando.) ¡Pobre hermano mio, lo van á fusilar!

TOBI. ¡Eh! Eso es lo de menos.

DANIEL. ¡Cómo!...

TOBI. Una docena de balas no son nada para el capitan: ¡lo peor del caso es que será degradado, deshonrado!...

DANIEL. ¡Deshonrado!

TOBI. ¡Pero si tú mueres, mi capitan, no tengas cuidado! Tu amigo el sargento Tobi no tardará mucho en acompañarte: en la primera refriega me arrojo á los escoceses, hasta que una bala me eche por el mismo camino.

DANIEL. (Tomándole una mano.) ¡Gracias, señor Tobí, gracias os doy en nombre de mi hermano!

TOBI. ¡Qué gracias ni qué niño muerto! ¡Esta es una cosa natural, voto á los demonios! ¡Mi capitan, vaya! ¿Sabeis que le debo la vida más veces que pelos tengo en la cabeza? ¿Sabeis que una vez se metió por medio y recibió en el brazo una cuchillada que venia sobre mi coronilla. Sabeis que desde entonces su vida es mi vida... su honor es mi honor, ¡voto á los once cielos!

DANIEL. ¡Ave María Purísima! Pero decid, ¿qué es lo que podemos hacer? Veamos.

SARA. Sí, sí; hagamos algo.

TOBI. ¿Y qué hemos de hacer? Nada. Yo volverme al campamento, y vosotros... casaros.

DANIEL. ¡Casarnos, en una situacion como esta!

SARA. ¡Buenos estamos para fiestas!

TOBI. Y ya se hace tarde: no puedo detenerme; adios, señor Daniel.

DANIEL. Pero aguardad, aguardad un poco; pensemos algo, y puede que... ¡Ah! Ahora me acuerdo que hace dos años estaba mi hermano enamorado de una jóven de Carlisle, hermana de un marino, de un capitan de navío, si no me equivoco.

TOBI. ¿Y á qué viene eso?

DANIEL. ¿Cómo que á qué viene? Apostaria á que se está allí con la muchacha, sin acordarse de que hay guerras en el mundo; de aquí á Carlisle no hay más que veinte millas; vamos allá.

SARA. Sí, si; vamos, señor Daniel; yo no me separo de vos.

TOBI. Vamos; nada se pierde más que el viaje.

DANIEL. Seguro que allí encontramos á ese calavera. En mi carricoche llegamos en un verbo. (Yendo á la puerta.) ¡Peters, engancha la yegua al carricoche! (A Sara.) Tú me acompañas, ¿no es verdad? Pronto estamos de vuelta y celebraremos la boda. ¡Vamos, Peters, despacha! ¡Ah! Ya me olvidaba de tomar la capa y dinero.

SARA. Y yo mi manteleta. (Sube por la derecha.)

DANIEL. (A Tobi.) Al instante salgo. (La sigue.)

TOBI. Despachaos, que yo tengo prisa.

ESCENA XI.

TOBI, los mozos y las muchachas, luego DANIEL y SARA, luego PETERS.

TODOS. ¡Vivan los novios!

TOBI. ¿Qué es esto? ¡Eh! ¿A qué vienen esas voces? ¡Buenos estamos ahora para novios! (Yendo hácia la derecha.) ¡Eh, despachad pronto, que si no me marcho; yo no puedo esperar más!

DANIEL. (Saliendo.) Voy, voy.

SARA. (Saliendo.) Allá vamos.

TODOS. ¡Se van, se van!

DANIEL. Amigos, tenemos que marchar ahora mismo; pero pronto estaremos de vuelta; la boda se suspende; pero no tengais cuidado, la celebraremos con más fiesta.

PETERS. (Saliendo.) Ya está el carricoche.

DANIEL. Peters, por hoy quedas al cuidado de la fábrica: cuenta con lo que haces.

PETERS. ¿Pues dónde os vais?

DANIEL. A un negocio urgente.

TOBI. ¡Vamos, vamos! Yo voy á montar á caballo.

DANIEL. ¡Adios, amigos!

SARA. ¡Adios! (Abrese la puerta del foro y se ve el carricoche: Daniel y Sara suben en él: el carruaje echa á andar. Los mozos los saludan agitando los sombreros. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una cantina, abierta en el foro con vista al campamento. Puertas laterales, mesas, bancos, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA.

Varios soldados formando grupos alrededor de la mesa, bebiendo; luego TOBI.

TODOS. ¡Vaya otro brindis!

SOLDADO 1.° ¡Compañeros: hoy tal vez entraremos en accion con esos endiablados escoceses: brindo por el triunfo de las armas inglesas, y la completa derrota del pretendiente!

TODOS. ¡Y yo! (Beben.)

SOLDADO 1.° (Sentándose.) ¡Nuestra desgracia será que llegue la hora de la accion, y nos hallemos sin nuestro capitan!

SOLDADO 2.° Yo no puedo menos de creer que le ha sucedido algun percance; porque cuando se marchó nos dijo: «muchachos, yo voy cerca de aquí: si antes de concluírseme la licencia, hay asomos de gresca, aquí me vereis á vuestra cabeza.» Y cuando él abandona su compañía...

SOLDADO 1.° ¡Y en un dia de balas, que es su fuerte!

SOLDADO 2.° ¡No hay remedio: algo le ha pasado! Si yo supiera que los pícaros escoceses le habian sorprendido y hecho prisionero...

SOLDADO 1.° ¡Voto al diablo! ¡La compañía sola era capaz de arrojarse á rescatarlo! ¿No es verdad?

TODOS. ¡Sí! ¡Sí!

SOLDADO 2.° ¡Como que si hoy en la accion no le tene-

mos al frente, no vamos á hacer nada de provecho!

SOLDADO 1.° ¡Hola! ¡Ya está Tobi de vuelta! (Sale Tobi de de mal humor: todos le rodean.)

SOLDADO 2.° ¿Qué hay, señor Tobi?

SOLDADO 1.° ¿Nos traeis el capitan?

TOBI. ¡Al demonio es á quien traigo conmigo! ¡No se le halla por ningun parte, he corrido la ceca y la meca, y nada! ¡En fin, si á las doce no está aquí, no hay remedio, le sentencian como desertor!

TODOS. ¡Voto va! (Oyese tocar llamada.)

TOBI. ¡Qué tal! ¡Ya se va á reunir el consejo!

SOLDADO 1.° Vamos á ver qué resuelve.

TODOS. Vamos, vamos.

ESCENA II.

TOBI.

TOBI. Sí, corred, corred... (Mirándolos ir.) ¡Qué lástima! ¡La mejor compañía del ejército! ¡La que siempre ha decidido la accion, porque iba á la cabeza el capitan Robinson con su caballo blanco, y yo á su lado! ¡Hoy no habrá nada de eso! ¡Falta la cabeza, y nada, no hay que pensarlo; hoy no hacemos punta! ¡Por fin, el que quede tendido en el campo con un par de balazos, puede dar gracias á Dios, por no volver al campamento y oir á pié firme y con el arma al hombro leer la sentencia del capitan! ¡Voto va el mismísimo infierno! ¿Dónde estará ese hombre? ¡Su hermano me hizo concebir alguna esperanza, ya casi creí que íbamos á hallarle en Carlisle; pero nada! ¡Ni muerto ni vivo! ¡Yo no sé!... ¡Yo no sé! ¡Pues señor, al avío!

DANIEL. (Dentro.) ¡Poco á poco, Sara! ¡Baja despacito! ¡Despacito! ¡Cuidado! ¡Ah, ah! Eso es.

TOBI. ¡Ya está ahí el cervecero: buen refuerzo! Empeñado el majadero en venir al campamento á

hablar al general, y muy confiado en que va á sacar algo en limpio. ¡Pobre hombre! Y es preciso echarle de aquí, porque si oye la sentencia, él que es tan apocado se muere de pesadumbre.

ESCENA III.

TOBI y DANIEL, dando el brazo á SARA.

DANIEL. (A Sara.) Te digo que aquí debe estar. ¡Mírale, mírale! Buenos dias, amigo Tobi: hemos tardado un poquillo; pero la yegua ha tenido la culpa.

TOBI. ¡Lo mismo da hora más ó menos!

DANIEL. ¿Sí? ¡Mejor que mejor! Pero yo creí que urgía y he venido desesperado. ¡Yo no sé qué tenia la maldita yegua! ¡Por más que la arreaba con el látigo y la decia: «corre, generosa! ¡Corre, que van á fusilar á mi hermano Jorge; corre, que tú tambien eres de la casa!» ¡Nada! Tomó un trotecito cochinero, y no habia quien la sacara de él.

SARA. ¡Por fin, ya hemos llegado! ¡Conque señor Tobi, haced que veamos al general.

DANIEL. ¡Y al instante!

TOBI. Es inútil: ahora no podeis hablarle: está ocupado, está en junta de jefes, ha mandado formar las tropas...

DANIEL. ¡En eso consistirá el no haber hallado nosotros hasta aquí ni un solo soldado á quien preguntar por vos: como que yo le decia á Sara, nos vamos á perder y á estar andando todo el dia, cosa que no me gustaba mucho; porque andar así por medio de un campamento, se puede escapar un tiro! En fin, aquí esperaremos á que se acabe esa junta, y en seguida iremos los tres á ver al general. ¿Ne os parece, señor Tobi?

TOBI. (Enfadado.) ¡Con cincuenta legiones de demonios! ¿No me estais conociendo en la cara que no queda ninguna esperanza?

DANIEL y SARA. ¿Cómo?

TOBI. Yo lo he andado ya todo: en cuanto llegué hablé al ayudante de servicio para que le anunciara al general que íbais á llegar á verle.

DANIEL. ¿Y qué?

TOBI. ¡Y qué! Que ha dado órden para que no os permitan entrar en su tienda; y no teneis medio de verle.

DANIEL. (Lloroso.) ¡Dios me favorezca! ¡Yo que esperaba conseguir algunos dias de plazo!...

TOBI. ¡El general es duro como una piedra! ¡Y ahora más que nunca, porque en estos dias se han pasado al enemigo unos cuantos oficiales, y acusan á vuestro hermano de haber hecho lo mismo! ¡Voto á los once cielos! ¡Si los que lo dicen fueran iguales mios ó inferiores, yo les meteria dentro las palabras con la punta de la espada; pero como son jefes, silencio y mano al sombrero!

SARA. ¿Con que nuestro viaje es enteramente inútil?

TOBI. ¡Enteramente!

DANIEL. (Animándose.) ¡Qué demonio! No señor; ¡Yo no desespero todavía! ¡Esto no ha de quedar así: yo le he de ver, yo le he de hablar á pesar de la órden, aunque me lo estorben, aunque me echen á culatazos, aunque me calen bayoneta! Yo no soy hombre de brios, es verdad; confieso que al ver cerca de mí un arma de fuego ya estoy en ascuas, y me da un sudor que... ¡Pero no importa! ¡Tratándose de salvar á mi hermano, yo haré de tripas corazon, sí señor! ¡Maldito sea mi miedo! ¡Yo iré, y atropellaré centinelas, y haré prodigios, y cómo ha de ser! ¡Si me matan, habré cumplido mi deber!

SARA. ¡Ah! ¡Daniel, dejadme que os abrace! ¡Cuánto gozo me da oiros hablar así!

DANIEL. ¡Aquí me quedo; y en acabándose la junta, ya vereis!

TOBI. ¡Nada se pierde! Puede que por chiripa... Sí, sí, hacedlo.

DANIEL. ¡Toma si lo haré! Pero entre tanto no seria malo encontrar un cuarto donde mi pobre Sara descansase. En esta cantina debe haber...

TOBI. (Señalando la derecha.) Ahí teneis, esas son dos piezas que servian de alojamiento al capitan.

DANIEL. (Conmovido.) ¡Cómo ¿Ahí era donde habitaba mi pobre hermano? (Abriendo la puerta.) ¡Sí, es verdad; allí tiene la maleta, y la cama; el uniforme colgado, y la espada que yo le regalé! ¡Pobre Jorge! ¡Quién sabe si se la volverá á poner.

SARA. ¡Vaya! ¡No hay que desconfiar; puede que antes de las doce esté de vuelta!

DANIEL. ¡Dios te oiga! Ea, ven. Señor Tobi, vos me esperareis aquí, no tardaré en volver para que vayamos á eso.

TOBI. Por aquí estoy: descansad, que yo os avisaré cuando sea ocasion.

DANIEL. Vamos, Sara. (Entranse por la derecha.)

ESCENA IV.

TOBI, luego SIR GUILLERMO.

TOBI. La pobre chica tiene esperanzas; pero yo... ¡Qué... si no falta más que una hora... una hora escasa! ¡No hay que contar con él! ¡Voto va el demonio! ¡Si esto se pudiera arreglar á sablazos ó á tiros!... ¡Cómo ha de ser! Veamos si hay coyuntura para que ese pobre hombre hable al general. ¡Ea, Tobi, media vuelta; marchen! (Va á salir y se encuentra con sir Guillermo.)

GUILL. (Deteniéndole.) Alto ahí un momento.

TOBI. (Queriendo seguir.) No puedo.

GUILL. Oyeme te digo, es negocio importante.

TOBI. Perdonad: estoy de prisa... cosas del servicio...

GUILL. No te detendré: no es más que una pregunta. (Sacando un retrato y enseñándosele.) ¿Conoces tú el original de este retrato?

TOBI. ¡Mi capitan!

GUILL. ¿Tu capitan has dicho? ¿Y cómo se llama?

TOBI. ¡Toma! Jorge Robinson.

GUILL. Jorge Robinson... (Aparte.) ¡Por fin le he encontrado!

TOBI. ¡Dios mio! ¿Teneis noticias suyas? ¿Dónde está? ¿Qué hace? ¿Vendrá pronto?

GUILL. ¡Como! ¿Pues qué, no está en el campamento?

TOBI. ¡Toma, toma, ya se ve que no está!

GUILL. ¡Y yo creia que estaba aquí! ¿Pues no pertenece á esta division?

TOBI. Sí que pertenece.

GUILL. Pues entonces, ¿cómo?...

TOBI ¡Dale, dale! Como que ha desaparecido, y no se sabe donde anda, y si dentro de una hora no se presenta, le sentenciarán por desertor y le fusilarán.

GUILL. ¡Fusilado! (Aparte.) ¡Ah, no es esa la muerte que yo le deseaba! ¿Conque no está en el campamento? ¡Voto al infierno!

TOBI. ¡Veo que lo sentís, como todos!

GUILL. ¡Sí, sí, mucho! ¡No sé qué daria por encontrar al capitan Robinson! (Aparte.) ¡Y mi pobre hermana quedará deshonrada, y no seré yo quien la dé venganza de ese pícaro seductor! Pero aun puede que se presente: no quiero alejarme de aquí. Adios. (Se va por el foro examinando con el retrato en la mano, á los oficiales que vienen.)

ESCENA V.

TOBI, oficiales, soldados entre ellos LOVEL, luego DANIEL.

TOBI. Aquí viene el ayudante Lovel... ¡qué habrá ocurrido!

LOVEL. (Hablando con otros oficiales.) No veo remedio: sin

embargo, el general ha mandado suspender el consejo hasta que den las doce: entonces, si no ha parecido se dará el fallo.

DANIEL. (Saliendo.) Cuando estos han venido por acá ya se habrá acabado la junta; á ver si veo á Tobi para ir á la tienda del general.

LOVEL. (Reparando en Daniel.) ¡Qué veo! ¡El es!... ¡El capitan Robison!

TODOS. ¡El capitan!... (Todos le rodean.)

DANIEL. ¿Eh?

LOVEL. (Abrazándole.) ¡Capitan!... ¿Pero qué ha sido esto? ¡Qué imprudencia la vuestra... si tardais una hora, os sentencian!

DANIEL. Pero si...

LOVEL. ¿Y qué disfraz es ese?...

DANIEL. ¿Disfraz?... (Aparte.) ¡Ah, ya caigo! ¡La maldita semejanza! ¡No sea que me vayan á fusilar! Señores, yo...

TOBI. (Aparte poniéndose en medio.) ¡Silencio, así salvais á vuestro hermano! (Abrazándole.) ¡Mi capitan, mi querido capitan! (Aparte.) ¡No los desengañeis por Dios! ¡Ganemos tiempo!

DANIEL. (Aparte.) Tiene razon: ¡con tal que dure el engaño!

LOVEL. Antes que se pase más tiempo, voy á dar parte al general de vuestra llegada. Señores, ya hemos recobrado al valiente capitan, démonos todos la enhorabuena!

TODOS. ¡Sí, todos, todos!

DANIEL. (Saludando con empacho.) ¡Señores... señores! Mi corazon... y mi...

LOVEL. ¡Un abrazo, un abrazo!... (Le abraza otra vez y se va precipitado.)

TOBI. Entrad capitan, entrad á quitaros ese traje; ahí teneis vuestro uniforme.

DANIEL. ¡El uniforme! Sí, sí... efectivamente me pondré el uniforme... (Aparte.) ¡Buena facha estaré yo!

TOBI. No os detengais. (Aparte.) Haced lo que os digo:

y ¡cuidado por Dios! ¡Acordaos de vuestro pobre hermano! Yo estaré á la mira.

DANIEL. (Saludando.) Señores, voy á ponerme el uniforme. (Entrase conducido por Tobi.)

TOBI. ¡Ea, muchachos, alegria... ya tenemos á nuestro capitan... andad, andad á contárselo á los compañeros! (Los soldados se van gozosos por el foro.)

ESCENA VI.

TOBI y SARA.

SARA. (A la puerta.) Bien, señor Daniel, no os enfadeis, haced lo que os parezca; pero digo y repito que eso no puede tener buen resultado.

TOBI. Chit... ¡Silencio con mil santos! ¡Qué nunca habeis de poder callar! Si llegan á oiros...

SARA. Bien; pero el consejo que le habeis dado es un desatino. Yo seré la primera que me sacrifique por salvar al hermano de Daniel, pero creo que debia buscarse otro medio.

TOBI. Más bajo, ¡voto al diablo! Pues yo os digo que esa estratajema es soberbia. Por este medio ganamos tiempo, que es lo esencial: llega el capitan, se planta su uniforme, Daniel se vuelve á Preston á su ceverza, y todo sale bien.

SARA. Ese plan sería muy bueno si se tratase de otro hombre; pero con Daniel, ¡imposible! Con un hombre tan tímido, tan dulce de carácter, tan bonachon... que habla así... á la buena de Dios... ¡Y vestirlo de oficial... buena estampa tendrá! ¿Y quién le hace tomar el aire marcial, el tono brusco, el aspecto atrevido que tendrá su hermano? Vamos, vamos... digo que vais á salir mal.

TOBI. ¿Quereis hacerme condenar? Lo más urgente es impedir que el consejo se reuna y pronuncie la sentencia. Por lo demás, ya veremos; yo tomaré á Daniel por mi cuenta, y le daré algu-

nas lecciones para que procure tomar el aire y el tono del capitan.

SARA. ¡Quiera Dios que saqueis fruto!

TOBI. Ya creo que viene. Ayudadme vos: á ver cómo entre los dos le desasnamos un poco.

ESCENA VII.

DICHOS y DANIEL de uniforme, ridículamente ataviado.

DANIEL. ¡Ea! Ya estoy listo.

TOBI. ¡Demonio! ¿Cómo os habeis puesto esos arreos?

SARA. ¿Qué os decia yo? ¡Mirad, mirad qué facha esa!

DANIEL. ¡Calle!... Pues qué, ¿será cosa de que ahora no me parezca yo á mi hermano?

TOBI. Sí; pero ese modo de llevar las cosas no es suyo. ¡Aire, aire!... pareceis un recluta.

DANIEL. Bien: decidme cómo. Ya estoy puesto en el burro... ¡Adelante!

TOBI. Esa casaca así... (Se la arregla.)

DANIEL. ¡Eh... que me ahogo!

TOBI. Esa espada más atrás. (Se la coloca.)

DANIEL. No, no, mejor estaba aquí: se me va á meter entre las piernas, y... (Dando un traspiés.) ¿Lo veis?

TOBI. Y el sombrero... (Colocándoselo de golpe, torcido á un lado.) así.

DANIEL. ¡Eh, eh! Señor Tobi, que no veo más que con un ojo!

TOBI. Y basta.

DANIEL. Pues... no voy á ver más que la mitad de las cosas.

SARA. ¡No, tonto! Al contrario; con un ojo vereis más.

DANIEL. ¿Cómo que veré más?

SARA. Sí: porque vereis á los demás dos ojos, y ellos no os verán á vos más que uno.

TOBI. ¡Verdad es!

DANIEL. ¡Mira qué gracia!

TOBI. Ea: ese cuerpo derecho, los ademanes sueltos, el paso firme.

DANIEL. (Echando á andar.) ¿Así?

TOBI. Hombre, no.

DANIEL. Pues hacedlo vos, á ver si viéndolo...

TOBI. Miradme bien.

DANIEL. ¡No pierdo ripio!

TOBI. (Marcha, tocando el tambor.) Ran, tan, tan, pataplan, plan, plan...

DANIEL. (Le imita sin poder tomar el paso.) Ran, pataplan, tan, plan...

SARA. No; si no llevais el paso. Mirad, mirad... así... (Marcha ella con aire marcial.) Ran, tan, tan... pataplan, plan, plan...

TOBI. ¡Bravo, niña!

DANIEL. (Mirándola admirado.) ¡Demonio! ¿Y cómo sabes eso?

SARA. ¡Si es cosa muy fácil! En teniendo oido...

DANIEL. (Llevándose las manos á las orejas.) ¿Oido?

TOBI. ¡Ah! y para que os tomen por vuestro hermano, es preciso que echeis votos que tiemble el mundo, como hace él á cada paso.

DANIEL. ¿Votos? Si yo en mi vida me enfado... ni sé...

TOBI. Pues es preciso. Por ejemplo, así: (Con aire maton.) ¡Voto va brios! ¡Maldito sea el demonio! ¡Reniego del infierno!

DANIEL. (Con tono dulce y aire tímido.) ¡Voto va brios! ¡Maldito sea el demonio! ¡Reniego del infierno!

SARA. (Impaciente.) ¡Eso no vale nada! ¡Pareceis una doncellita! ¡Con más alma! (En tono de maton, con mucho brio.) ¡Voto á cien legiones de demonios! ¡Maldito sea el infierno!

TOBI. (Aplaudiendo.) ¡Soberbio!... ¡soberbio!

DANIEL. (Asombrado.) ¡Diablo! ¡Qué talento tiene!

TOBI. Ahora es preciso que fumeis la pipa y echeis buenos tragos.

DANIEL. ¡Si me mareo... y no pruebo el vino!...

TOBI. ¡Aprension! (Dándole la pipa encendida.) Vamos á ver.

DANIEL. ¡Ay, Dios mio! (Fuma y tose.) ¿Lo veis? ¡No puedo!

SARA. Eh... no teneis maña. (Le quita la pipa, fuma y escupe por el colmillo.) Así se fuma.

DANIEL. ¡Ay, qué demonio de muchacha!

TOBI. ¡Es una alhaja! Mejor mandaria ella la compañía que vos.

DANIEL. Mejor que yo, cualquiera. En fin, veremos qué tal lo hago; lo que me habeis enseñado hasta ahora, pase; pero os advierto que cosas de tiros...

SARA. ¿Y qué más tiene?

DANIEL. ¡Ay, que ya vienen!... ¡El oficial de antes!...

TOBI. Es el ayudante del general... Cuidado; no olvideis la leccion. ¡Derecho!...

DANIEL. Ya vereis. (Trata de tomar actitud marcial.)

ESCENA VIII.

DICHOS y LOVEL.

LOVEL. Capitan Robinson, el general me manda deciros que el consejo de guerra que debia pronunciar vuestra sentencia, acaba de ser disuelto.

DANIEL. (Aparte á Sara.) ¡Qué gusto... se ha salvado mi hermano!

SARA. (Aparte.) ¡Gracias á Dios!

LOVEL. Siento en el alma, capitan, que mi comision no se limite á sólo esto.

DANIEL. (Aparte.) ¡Ay... qué más habrá!

TOBI. (Aparte.) ¡Estoy temblando!

LOVEL. Pero me veo obligado á deciros que el general ha resuelto castigaros por haber prolongado vuestra ausencia del campamento.

SARA. ¡Ay, Dios... qué le irán á hacer!

LOVEL. Y os manda quedar arrestado en vuestra tienda.

TOBI. (Aparte.) ¡Oh!... ¡Qué afrenta para mi pobre capitan!

DANIEL. ¡Oh! ¡Si no es más que eso!... Decidle al general que me alegro mucho...

TOBI. (Aparte á Daniel.) ¡Majadero! ¡Al contrario, mostrad sentimiento!

DANIEL. (Aparte.) ¡Ya! Pues, como iba diciendo, decid al general que me alegro mucho... de verlo bue-

no... pero que esta es una afrenta... que... ¡Voto á cien legiones de demonios!... ¡Maldito sea el infierno!...

LOVEL. Ya veo, capitan, lo que esto os aflige. Para un valiente como vos, no hay mayor castigo que dejarle arrestado un dia de batalla.

DANIEL. ¡Ah!... ¿Hoy ha de haber batalla? (Muy contento.) Pues entonces...

TOBI. (Aparte á Daniel.) ¡Eh, torpe!

DANIEL. (Mudando de tono.) ¿Con qué hoy habrá batalla? ¡Voto va brios! ¡Reniego del infierno! ¡Y no iré yo á la cabeza de mi compañía .. no oiré silbar la pólvora... ni oleré las balas! ¡No me veré entre la metralla... rodeado de muertos! ¡Ah! ¡Sangre, sangre!... ¡Y á mí que me gusta tanto la matanza!...

LOVEL. ¡Capitan... me estais enterneciendo! Pero dadme palabra de honor de que no saldreis de esta cantina sin expreso permiso del general. Aun me queda que cumplir otra órden más dura. Capitan Robinson, dadme vuestra espada.

DANIEL. ¿La espada no más? (Hace por quitársela.)

TOBI. (Aparte ayudándole.) ¡Tonto!

DANIEL. (Mudando de tono.) ¡Tambien la espada... crueles!

TOBI. (Aparte.) ¡Deshonrado mi capitan! ¡Voto va!...

DANIEL. Decidle al general lo que me ha costado el desprenderme de ella. En cuanto á la palabra de no ir á la batalla... os la doy con muchísimo...

TOBI. (Aparte.) ¡Eh!

DANIEL. ¡Con muchísimo dolor... pero id seguro de que la cumpliré religiosamente!

LOVEL. Bien, capitan. (Saludando.)

DANIEL. (Acompañándole.) ¡Decidle que me dejais aquí hecho una Magdalena!

LOVEL. Yo le haré presente lo mucho que padeceis. Y si puedo lograr que os levanten el arresto...

DANIEL. ¡No... no, amigo... eso no! ¡El castigo es grande ciertamente... pero yo lo merezco... lo merezco y no quisiera que el general por nada de este

mundo cambiase su resolucion! ¡Es dura, pero amigo mio, hacia mucha falta un escarmiento! ¡Con qué, nada... nada!

LOVEL. Basta. capitan. (Váse.)

ESCENA IX.

DANIEL, TOBI y SARA.

DANIEL. ¡Bendito sea Dios... se ha salvado mi hermano!

SARA. (Acercándose gozosa.) ¡Y os dejan arrestado en un dia de accion; esto es miel sobre ojuelas!

DANIEL. Cuando dá en soplar la fortuna...

TOBI. (Pesaroso.) ¿Y á eso llamais fortuna? ¿Sabeis que para un militar es preferible cien veces la muerte á verse arrestado un dia de accion?

DANIEL. ¡Ta, ta, ta, ta!

TOBI. ¡Vosotros no podeis comprender esto... pero juro á Dios que no ha de quedar así! ¡Mi capitan deshonrado! No lo permitiré... voy á arreglar este negocio.

DANIEL. ¿Qué negocio?

TOBI. Luego lo vereis. (Váse corriendo.)

DANIEL. ¡Eh, señor Tobi! ¿Qué es esto Sara? ¿Adivinas tú lo que va á hacer?

SARA. Yo no.

DANIEL. ¿Qué diablos será? ¡Ese Tobi tiene una cabeza! Entrate dentro, que yo voy á seguirlo.

SARA. ¡No hagais alguna imprudencia!

DANIEL. No tengas cuidado. (Entrase Sara. Daniel cierra la puerta, y al dirigirse al foro se encuentra con sir Guillermo.)

ESCENA X.

DANIEL y SIR GUILLERMO.

GUILL. (Aparte.) ¡Él es! Dos palabras, capitan. Yo soy sir Guillermo Jenquins...

DANIEL. ¡Muy señor mio!

GUILL. Capitan de navío... y hermano de miss Ana Jenquins.

DANIEL. ¡Por muchos años! (Aparte.) ¿Qué embajada es esta?

GUILL. Con que ya podreis entender lo que quiero.

DANIEL. Pues no señor, no lo entiendo.

GUILL. ¡Cómo! ¿Negais que habeis seducido á mi hermana?

DANIEL. ¿Yo?... Hombre, esas son palabras mayores.

GUILL. (Enseñándole unas cartas) Aunque no están firmadas, ¿negareis que estas cartas son vuestras?

DANIEL. (Aparte.) ¡La letra de mi hermano!

GUILL. Veo que estais confundido... porque estas cartas no me permiten dudar de la deshonra de mi pobre hermana. La casualidad las ha hecho caer en mis manos, como tambien vuestro retrato. Yo he interrogado á mi hermana; pero ni súplicas, ni amenazas, han podido arrancar de sus labios el nombre del infame seductor. Irritado por su silencio, he jurado tomar venganza del vil que ha deshonrado mi nombre, y he venido aquí, con el retrato en la mano, examinando cuantos rostros veia. Ya me alejaba desconsolado, cuando al fin os encuentro. ¡Loado sea Dios!

DANIEL. (Aparte.) El bribon de Jorge... ¡en qué compromiso me pone!

GUILL. Capitan Robinson, ya adivinais el objeto de mi venida; tomad la espada, y vamos.

DANIEL. (Afectando calma.) ¡Entendámonos, capitan, qué diablo! A ver si nos entendemos.

GUILL. Lo repito: es preciso que uno de los dos deje de existir... ó que deis la mano á mi hermana.

DANIEL. Hacedme el gusto de tomar asiento. (Aparte sentándose.) Ganemos tiempo, hasta que venga mi hermano y lo arregle. En cuanto á dar la mano á vuestra hermana, capitan... no digo que no; y es muy guapa, muy bien criada, muy modosita, eso sí, y en clase somos igua-

les; de capitan á capitan no va nada. No hay más sino que su génio. (Levantándose.) En fin, la semana que viene hablaremos. ¡Servidor!

GUILL. (Furioso.) ¡Eh! ¿Creeis que soy hombre que se contenta con una simple palabra, cuando se trata del honor de mi familia?

DANIEL. Pero si ya...

GUILL. Pues bien; aquí traigo este documento extendido en forma: firmadlo.

DANIEL. (Mirándolo.) ¡Calla! ¿Un contrato de matrimonio?

GUILL. Justamente.

DANIEL. (Aparte.) ¡Y he de casarme tambien por él!

GUILL. ¿Dudais?

DANIEL. No; pero esto de casarse es negocio muy sério, necesita meditarse.

GUILL. Entiendo... ¿os negais? ¡Salgamos!

DANIEL. (Aparte con alegría.) ¡Ay, que no me acordaba del arresto! Pues bien; ¡salgamos!

GUILL. ¡Gracias á Dios!

DANIEL. ¡Y os prevengo que el combate no ha de ser broma!

GUILL. ¡Cómo broma!

DANIEL. ¡Yo no doy cuartel!

GUILL. ¡Convenido!

DANIEL. ¡Hasta que uno de los dos quede muerto!

GUILL. ¡Acepto!

DANIEL. ¡Salgamos, pues! (Deteniéndose de repente.) ¡Voto va brios, no puedo salir!

GUILL. ¿Quién os lo impide?

DANIEL. Estoy arrestado. ¡Ah! Ya lo veis, ¡no tengo espada! Desgraciado; ¡no tengo espada!

ESCENA XI.

DICHOS, TOBI apresurado y con la espada de Daniel en la mano.

TOBI. ¡Victoria, victoria, mi capitan; el general os levanta el arresto y os vuelve la espada!

GUILL. (Con gozo.) ¡Bien!

DANIEL (Aparte.) ¡Muerto soy! ¡Ah! ¡Asesino!

GUILL. (A Daniel.) Ya no hay obstáculo que se oponga...

DANIEL. Estais muy engañado: yo soy un oficial de honor, yo sé mi obligacion, y no saldré de aquí sin permiso firmado del general. Pues qué, porque un sargento de mala muerte venga... ¡Eh, yo no recibo órdenes de mis inferiores!

GUILL. ¿Una órden firmada? Yo os la traeré. (Váse precipitado.)

ESCENA XII.

DANIEL, TOBI y SARA que sale por la derecha.

DANIEL. ¡Desgraciado! ¿Qué habeis hecho?

TOBI. ¿Eh?

SARA. (Llorosa.) ¿Qué habeis hecho?

TOBI. ¿Pues qué?

DANIEL. Nada; que mi dichoso hermano, segun he columbrado, ha tenido por conveniente seducir á la hermana de ese demonio de marino que se acaba de marchar.

SARA. Y ese hombre quiere batirse con mi pobre Daniel tomándole por Jorge. Todo lo he oido, y he pasado un miedo...

DANIEL. Sí; hemos pasado un miedo...

TOBI. ¿Y supongo que no le habreis dicho quién sois?

DANIEL. Con mi arresto estaba perfectamente atrincherado. Me hacia el valenton, el perdonavidas, ¡y habeis venido á asesinarme! ¿Quién os ha pedido que me hagais este favor tan extemporáneo? ¡Si á mí me iba muy bien arrestado!

TOBI. ¿Con qué os quejais en vez de darme las gracias, en vez de abrazarme por haber salvado á vuestro hermano de este deshonor? ¿Por haber logrado del general que le vuelva la espada y el mando de su compañía, que está nombrada para marchar hoy la primera á tomar el reducto del enemigo?

DANIEL. (Horrorizado.) ¿El reducto? ¡Misericordia!

SARA. ¡Eso sí que no! ¡Eso no lo permitiré!

TOBI. ¡Silencio, señora!

SARA. ¡Señor Daniel, os prohibo tener valor!

DANIEL. Eso no te dé cuidado. Pues no faltaba más, ¡qué diablo, si yo no soy soldado! Yo soy cervecero, lo que se llama cervecero, el que hace cerveza. Yo quiero mucho á mi hermano; ¡pero esto ya pasa de castaño oscuro! Ya he hecho bastante por él.

TOBI. Os engañais: la noble empresa que os habeis impuesto es preciso que la lleveis á cabo. ¿Qué motivo podriais alegar para negaros á tomar el mando honroso de la compañía? Que no sois el capitan Robinson: esto es lo que podeis descubrir. Pues bien, si esta declaracion sale de vuestra boca, sabed que el consejo se volverá á reunir inmediatamente y sentenciará á vuestro hermano; y vos... vos sereis severamente castigado por haber tomado su nombre y su puesto.

DANIEL. ¡Dónde me he metido yo, Dios mio!

TOBI. Ya os habeis embarcado, y no hay más remedio que correr la borrasca. Y en fin, si vos no teneis en nada el honor del capitan, yo sí, ¡voto á brios! ¡Porque él es mi amigo, mi hermano!

DANIEL. Ya, y para probarle vuestro cariño, ¿quereis que yo me deje matar? ¡Muchas gracias!

TOBI. ¡Qué matar! ¿Pues acaso mueren todos los que entran en accion? ¿No he salido yo siempre sano y salvo?

DANIEL. Vos estais acostumbrado; pero yo estoy seguro que saco lo menos un balazo en las nalgas.

SARA. (Llorosa.) Señor Daniel, si vais á batiros, no os vuelvo á ver en mi vida.

DANIEL. ¡Ese es mi miedo! Yo en medio de una batalla... si yo no entiendo eso; me pinchan, seguramente.

TOBI. Yo estaré á vuestro lado, no me separaré de

vos, os animaré, os cubriré con mi cuerpo.

DANIEL. Sí; pero si á vos os atraviesan, algo me alcanzará á mí. ¡Vamos, imposible, imposible; yo me escapo!

SARA. Eso es, eso es.

TOBI. Bien, marchaos; ¡pero pensad que sois vos, vos quien firma lo sentencia de muerte de vuestro hermano.

DANIEL. ¡Ay Dios mio! ¿Qué haré? ¿Conque no hay medio de ser valiente sin correr peligro? (Oyese á cierta distancia el fuego de las guerrillas.)

TOBI. ¿Oís? Ya han empezado las guerrillas.

DANIEL. ¡Ay Santa María Magdalena!

SARA. ¡Ay Dios mio!

TOBI. (Cogiéndole del brazo.) ¡Ea, valor! (Suena el tambor.) Mirad, ya viene la compañía formada. ¡Qué gloria será para vuestro hermano, que vos tomeis el reducto enemigo! (Aparece la compañía marchando, y forma en batalla.) ¡Mirad, mirad, con esa compañía es negocio de diez minutos!

UN SARGENTO. (Acercándose á la entrada de la cantina.) La compañía espera á su capitan.

TOBI. Ya va. Decid que á pesar de hallarse gravemente indispuesto, va á ponerse á su cabeza: que le traigan el caballo. (Retírase el sargento.)

DANIEL. ¡Pero si no me puedo tener... si no puedo dar un paso! (Continúa el fuego.)

SARA. ¡Dios mio... se va á caer!

TOBI. No hay cuidado. Ahí teneis el caballo de vuestro hermano, que es una alhaja... está acostumbrado al fuego. Montad en él, y dejadlo sólo; él os llevará al enemigo.

DANIEL. ¡Al enemigo!

TOBI. Vamos.

SARA. ¡Esposo mio! Por Dios, señor Tobi...

TOBI. ¡Ea... vamos... no hay remedio!

EL SARGENTO. (Vuelve á aparecer.) Aquí está el caballo.

TOBI. Vamos. (Al sargento.) Ayudadme á llevarlo.

DANIEL. ¡Ay, ay! (El sargento viene á ayudarlo.)

TOBI. (Al sargento.) ¡Qué valor tiene! ¡Se está muriendo de dolores, y no permite quedarse!

DANIEL. ¡Ay, ay!

SARA. ¡Por Dios, por Dios... se muere antes de llegar! (Se lo llevan entre Tobi y el sargento.)

TOBI. ¡Vamos... ánimo!

DANIEL. ¡Ay, ay!... (Queriendo abrazar á Sara.) ¡Adios, Sara... hasta el valle de Josafat!

SARA. ¡Dios mio! (Quiere seguirlo, pero cae sin fuerzas en una silla. La compañía le victorea.)

SOLDADOS. ¡Viva el capitan! (El fuego crece: Daniel desaparece llevado por Tobi y el sargento. La compañía marcha.)

ESCENA XIII.

SARA.

SARA. ¡Mi Daniel, mi esposo!... se lo llevan... ¡Y yo no tengo fuerzas para seguirlo! ¡Pobrecillo! ¡El metido en una batalla!... ¡Aunque no le toque ninguna bala, es igual... no lo vuelvo á ver... se muere del susto! (Suena una descarga.) ¡Santa Bárbara bendita! (Tapándose los oidos.) ¡Ya habrá muerto... seguro... esto es un horror... ese Tobi es un asesino! ¡Qué le he hecho yo, pobre de mí, para que quiera dejarme viuda... sola en el mundo! (Llorando.)

ESCENA XIV.

SARA y SIR GUILLERMO, apresurado.

GUILL. ¡Capitan... capitan Robinson, aquí está la órden! ¡No le veo!

SARA. ¿Quién es... qué buscais... traeis noticias... le han muerto?

GUILL. ¿Muerto? ¿A quién?

SARA. A mi esposo, al capitan Robinson.

GUILL. ¡Qué decís! ¡Maldicion! ¿El capitan Robinson es vuestro esposo?

SARA. Para el caso, como si ya lo fuera íbamos á casarnos ayer...

GUILL. ¡Ah, infame; ya penetro el objeto de sus dilaciones... queria engañarme! ¿Dónde está? ¿Dónde está... que quiero beber su sangre?

SARA. ¡Dios mio... tambien vos! ¡Todo el mundo quiere matar á mi pobre esposo!

GUILL. (Furioso.) ¿Dónde está?

SARA. ¡Puede que en el otro mundo á estas horas!... ¿No oís los tiros... las descargas?... ¡Ha ido el pobre con los soldados á tomar un reducto; ya sabeis vos lo que es un reducto... debe ser cosa horrorosa un reducto! ¡Allí se va á quedar... allí le matan sin remedio!

GUILL. ¡Sí; allí morirá! ¡Todos las infames tienen fortuna! ¡Morirá con honor, con gloria, como mueren los héroes, y yo me quedaré sin satisfacer mi venganza... y no morirá á mis manos, atravesado con mi espada ese vil seductor!

SARA. ¿Y por qué le deseais la muerte?

GUILL. ¿Por qué? ¡Mirad esas cartas... vos tambien íbais á ser sin duda víctima de su iniquidad... guardaos de darle la mano, si la suerte le proteje y le deja con vida! ¡Ese mónstruo ha seducido á una jóven... ha deshonrado á una familia!

SARA. (Aparte.) ¡Ah, es el marino! ¡Dios mio! ¡Aunque vuelva vivo tendremos otro peligro! (Gritos lejanos de «¡Victoria! ¡Victoria!»)

GUILL. ¡Suenan voces!

SARA. ¿Qué será? ¡Dios mio! (Gritos más cercanos.)

GUILL. ¡Hácia aquí vienen soldados!

SARA. ¡Si será él... si se habrá salvado!

ESCENA XV.

DICHOS, OFICIALES y SOLDADOS trayendo en triunfo á DANIEL, TOBI á su lado; luego LOVEL.

SOLDADOS. ¡Victoria! ¡Viva el capitan! ¡Viva el héroe!

SARA. ¡Él es! ¡Él es!

GUILL. ¡Él es!

DANIEL. (Aparte.) ¿Tobi, vengo vivo?

TOBI. (Aparte.) ¡Animo, ya no hay peligro!

SARA. (Abrazándolo.) Esposo mio, ¿cómo te has compuesto?

DANIEL. Yo no sé... yo no he visto nada... el caballo me ha llevado... y me ha traido...

LOVEL. (Saliendo.) ¡Soldados... este es el héroe que nos ha dado la victoria: el pretendiente ha sido derrotado! De órden del general, el capitan Robinson queda nombrado mayor.

SOLDADOS. ¡Viva!

DANIEL. (Aparte.) Pues si á mí me nombran mayor, al caballo deben nombrarlo coronel.

LOVEL. Capitan: el general manda que inmediatamente, y sin descansar, marcheis á Lóndres á llevar á S. M. la noticia de esta victoria, y á presentarle las banderas.

DANIEL. (Aparte.) ¡Esto es cosa de nunca acabar!

GUILL. (Aparte.) ¡Se va... yo le seguiré al cabo del mundo!

TOBI. (Aparte.) Marchad... yo alcanzaré permiso para acompañaros, y llevaré á Sara.

LOVEL. Capitan, no os detengais.

DANIEL. ¡No... no me detengo... vamos! (Aparte á Sara.) ¡Vente conmigo, Sara!

SARA. (Aparte.) Ya os seguimos. (Daniel marcha: los soldados le acompañan victoreándolo.)

TODOS. ¡Viva el mayor! ¡Viva el héroe!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa una galería del palacio de Windsor: tres grandes puertas que hay en el fondo dán á la sala del trono: á la derecha, en el segundo término, está la entrada principal; y en primer término una puerta pequeña. A la izquierda la entrada á la cámara del rey. En el mismo lado, en el proscenio, hay una mesa con instrumentos matemáticos, una carta geográfica, etc.

ESCENA PRIMERA.

DAMAS y CORTESANOS, formando varios grupos; TOBI y SARA, retirados á un lado.

CORTESANO 1.° ¿Con qué fué victoria completa?

CORTESANO 2.° No le ha quedado un solo soldado al príncipe Eduardo. El rey está lleno de gozo, y para que todos participen de él, ha dispuesto que haya hoy fiesta en palacio, y que se abran al público los jardines. Conque vamos á ver si recibe ya S. M.

CORTESANO 1.° No: aguardemos á ver al héroe del dia, al capitan Jorge Robinson, que ha traido la noticia de la victoria, y ha de venir á presentar al rey las banderas cogidas al enemigo.

CORTESANO 2.° Es verdad; entraremos con él... seremos los primeros á darle la enhorabuena...

CORTESANO 1.° Sí, que mientras esté en la corte ha de tener gran favor. Él sólo con su compañía decidió la accion.

CORTESANO 2.° Dicen que hizo maravillas. (Oyense gritos del pueblo que se van acercando.)

VOCES DENTRO. ¡Viva el mayor Robinson! ¡Viva el héroe de Inglaterra!

CORTESANO 2.º ¿Oís esos vivas? ¡Él será!

CORTESANO 1.º ¡Sí, no hay duda... vamos á recibirlo!

TODOS. ¡Vamos, vamos! (Dirígense á la entrada de la derecha.

ESCENA II.

DICHOS y DANIEL, por la derecha, trayendo las banderas y seguido de oficiales.

DANIEL. (A la puerta, respondiendo al pueblo.) Gracias, gracias, amado pueblo.

CORTESANO 1.º (Dándole la mano.) ¡Permitidnos que admiremos al valiente de los valientes!

CORTESANO 2.º (Dándole la mano.) ¡Al héroe de nuestros ejércitos!

TODOS. (Saludándole.) ¡Sí... sí!

DANIEL. ¡Señores mios... señores! (Aparte.) ¡Cuántos honores le estoy usurpando á mi caballo! (Viendo á Tobi y á Sara.) ¡Ay, amigo... yo me voy á aturdir, no acierto con las palabras... y cuando me vea en presencia del rey... allí será ella! ¡Vereis como hago alguna borricada!

SARA. ¡Cuidado, por Dios!

TOBI. Tened serenidad: no olvideis la leccion... hablad poco.

DANIEL. Pero y si en eso poco se me escapa alguna...

UN UGIER. (Descorriendo las cortinas de la izquierda.) S. M. recibe.

CORTESANOS 1.º Y 2.º ¡Vamos, mayor!

TOBI. (Aparte á Daniel.) ¡Andad! (Daniel, rodeado de los cortesanos y oficiales, entra á la cámara.)

ESCENA III.

SARA y TOBI. Tobi se acerca á la puerta de la cámara y observa.

SARA. Decid, señor Tobi, ¿y nosotros nos quedamos aquí?

TOBI. (Mirando hácia dentro.) ¿Por qué no?

SARA. ¿Y si nos echan?

TOBI. ¿Quién?

SARA. Los porteros, como no somos cortesanos...

TOBI. ¡Qué, en diciendo que venimos con el mayor Robinson, lejos de echarnos, nos adularán!

SARA. ¿De veras?

TOBI. ¡Toma! Vuestro novio es hoy el niño mimado de la corte. Además, hoy es dia de fiesta real por la victoria que hemos conseguido, y los jardines y el palacio están abiertos al público. En fin, yo vengo agregado á la comitiva del mayor, y...

SARA. ¡Es verdad!

TOBI. Y luego, nuestro rey Jorge II es buen señor... ¡Muy amigo del pueblo!

SARA. Con todo, yo no sé por qué me hallo aquí violenta...

TOBI. ¡Vaya! ¿Ahora teneis miedo? Pues en el campamento bien sabias votar, y fumar, y...

SARA. ¡Ya, pero eso era para animarle! Lo que más me desazona es que durante nuestro viaje nos ha venido siguiendo cierto carruaje...

TOBI. Traería el mismo camino.

SARA. Y se paraba cuando nosotros nos parábamos.

TOBI. Alguna vez se habia de parar.

SARA. Es que estoy casi segura de que venia en él aquel sir Guillermo... aquel marino...

TOBI. ¡Ba, ba!

SARA. Sí, señor. Casi puedo jurar que es él, y que viene siguiendo á mi pobre Daniel para matarle.

TOBI. ¡Eh, tonterías!...

SARA. ¿Cómo tonterias?...

TOBI. ¡Callad! ¡Estoy temblando no haga Daniel alguna torpeza! Se me figura que oigo un murmullo en la cámara... que hay movimiento... ¡Si habrá olvidado ese hombre la leccion que le dí esta mañana en la posada!

SARA. ¿Qué decís?... ¡Ya no me llega la camisa al cuerpo!

TOBI. (Mirando por entre las cortinas.) ¡Pues... algo ha ocurrido! Los murmullos crecen... se hablan unos á otros... ¿Qué será?

SARA. ¡Ay, sí, le habrán descubierto, señor Tobi!... esta va á ser nuestra última hora!

TOBI. ¡Alguien sale... lo dicho... él es!

SARA. ¿Le traen preso?

TOBI. No, pero viene pálido... asustado... á ver qué nos cuenta.

SARA. ¡Ay, yo estoy temblando!

TOBI. ¡Eh! No tembleis hasta que haya motivo.

ESCENA IV.

DICHOS y DANIEL, pálido y turbado.

TOBI ¿Qué hay?

DANIEL. ¡Hijos mios, estamos perdidos!

SARA. ¡Ay Dios!

TOBI. ¡Explicaos!

DANIEL. Pues señor... me introdujeron ahí... en un salon... donde me encontré de manos á boca con el mismo rey, rodeado de toda su corte. Me dijeron que hincara una rodilla, y me vino bien, porque ya me estaban flaqueando las piernas.

SARA. ¡Pobre Daniel!

TOBI. ¡Dejadle hablar!

DANIEL. Pues señor... entonces yo... me estaba así, sin saber por dónde empezar... hasta que ya el rey me alargó la mano para que la besara... Esto de la mano me dió pié... y entonces me acordé de la leccion y le dije enseñándole las banderas: «Señor... aquí traigo esto... son unas banderas...» y amigo, estando en esto de las banderas, entra muy de prisa un... qué sé yo... un general ó cosa así, y le da al rey un papel. El rey lo lée y se pone hecho una furia... me mira de piés á cabeza y me dice: «No salgas de palacio, ¿entiendes?» Bien, señor, le respondo yo

muerto ya de miedo, y sin decir una palabra se larga.

TOBI. ¿Y vos?

DANIEL. Yo me quedé allí hecho una pieza, y en vez de levantarme tuve que hincar la otra rodilla, porque ya me caia de miedo.

TOBI. ¡Voto va!

SARA. No hay más, el rey os ha descubierto... ¡pobre Daniel!

TOBI. ¿Quién habrá sido el infame? ¡Si yo lo supuiera... voto á brios!

DANIEL. ¡Si esto no podia acabar en bien! ¡Nos hemos sacrificado inútilmente... mi pobre hermano se ha perdido y yo tambien!

TOBI. ¿Y qué hacemos ahora?

SARA. ¡A ver si podemos escaparnos!

DANIEL. Chit... ¡oigo pasos... ya vienen á buscarme!...

TOBI. ¡Ea, calma, dignidad! ¡Pensad en el uniforme que llevais!

DANIEL. Sí, sí... yo procuraré pensar en el uniforme.

ESCENA V.

DICHOS y LORD MULGRAVE, que sale por la izquierda.

MULGR. (A la puerta.) Id al instante, y ejecutad las órdenes de S. M.

DANIEL. (Aparte á Tobi.) Es el mismo que le dió al rey el papel.

TOBI. (Aparte á Daniel.) Ese es lord Mulgrave, ministro de la Guerra. ¡Animo!

MULGR. (Dirigiéndose á Daniel.) ¡Ah, estais aquí, mayor! Voy á comunicaros la voluntad del rey. (Viendo á Tobi y á Sara.) ¿Qué gente es esa?

TOBI. (Saludando militarmente.) El sargento Tobi, mi general.

DANIEL. Sí, el sargento Tobi, mi general.

MULGR. ¡Ah, de la compañía de Robinson! ¡Ya!... Tengo noticias de vos.

TOBI. No lo dudo, mi general.

DANIEL. Dice que no lo duda.

MULGR. ¿Y esa jóven?

DANIEL. Esa jóven... es una jóven... cuñada mia... mujer de mi hermano... de un hermano que tengo. ¡Guapo mozo!... No ha querido separarse de mi lado.

MULGR. ¡Ya!... En los peligros es donde se prueba el cariño.

DANIEL. (Aparte.) ¡Dicho y hecho!

MULGR. Sargento, entrad á arreglar esa habitacion, que es la que ha de servir al mayor Robinson: por esa puerta... (Señalando la de la derecha.) Ahí encontrareis criados.

DANIEL. ¿Mi habitacion?

MULGR. Sí; queremos teneros á la mano.

DANIEL. (Aparte.) ¡Ay, á la mano!

MULGR. Ahora dejadnos.

SARA. (Queriendo abrazar á Daniel.) ¡Adios... adios!...

DANIEL. ¡Disculpadla, general!

MULGR. Esa conmocion es natural. Señora, podeis disponer de esa habitacion por algunas horas.

DANIEL. (Aparte á Sara.) Por algunas horas, ¿oyes? Parece que la cosa no será larga.

MULGR. (Aparte á Daniel.) La separacion le parecerá luego menos penosa.

DANIEL. (Aparte á Sara.) ¡La separacion! ¿Oyes?

TOBI. (Aparte á Daniel.) ¡Eh... valor! ¡Voto á brios... ¡Y venga lo que viniere! (A Sara.) Vámonos.

SARA. (Aparte.) ¡Qué le irán á hacer, Dios mio!

DANIEL. ¡Adios, hija mia... adios!... (La abraza á hurtadillas de lord Mulgrave y Tobi los separa, y se la lleva por la derecha.)

ESCENA VI.

DANIEL y LORD MULGRAVE.

MULGR. Ya estamos solos: escuchadme.

DANIEL. (Afectando calma.) Vamos á ver.

MULGR. La comunicacion que entregué al rey en presencia vuestra, ha excitado hasta el más alto punto su cólera y su indignacion.

DANIEL. (Suplicante) Ya me hago cargo... pero señor...

MULGR. En ella se nos avisa que nuestros asuntos van muy mal en Irlanda.

DANIEL. (Sorprendido.) ¿Eh?... ¿Qué?... (Aparte con alegría.) Y yo que temia... ya respiro. (Con gravedad.) ¿Con que... van mal en Irlanda... nuestros asuntos? ¡Qué demonio!

MULGR. ¡Muy mal! (Con misterio.) Los descontentos engruesan de dia en dia...

DANIEL. ¿Engruesan, eh? ¡Qué pícaros!... Tal vida se darán ellos.

MULGR. ¡Y ha llegado su osadia hasta el punto de tomar posiciones militares!

DANIEL. ¡Miren qué cosa! (Aparte.) ¡Pues señor, bien... nada se ha descubierto!

MULGR. Nuestra bondad han creido que era flaqueza, que era miedo... han tenido la audacia de quemar el manifiesto real... y en fin, ¿quereis que os lo diga? ¡Violando todas las leyes de la guerra, se han apoderado del coronel Turner, y le han fusilado!

DANIEL. ¡Cáspita! ¿Han fusilado al coronel Turner? ¡Pobre Turner! ¡Tan buen hombre! (Aparte.) ¡En mi vida le he visto!

MULGR. (Con fuerza.) ¡Se acabó la tolerancia con esos infames! ¿Quieren guerra?... ¡Pues la tendrán!

DANIEL. (Procurando animarse.) ¡Muy bien hecho!

MULGR. ¡Y guerra á muerte... la sangre pide sangre!

DANIEL. ¡Vaya si pide!

MULGR. (Paseándose colérico.) ¡Hola, señores irlandeses; ase-

sinais cobardemente á un hombre que os llevaba la paz y el perdon! Pues bien, no volveremos á enviaros emisarios que os propongan dar oidos á la razon y someteros voluntariamente: os enviaremos un rayo de la guerra... un alma dura... un hombre de hierro... una espada... y esa espada... (Parándose delante de Daniel.) ¡Aquí está! (Dándole en el bombro.)

DANIEL. (Cayendo sentado en una silla) ¡Ay!...

MULGR. (Sin reparar en él.) ¡Nada de piedad, mayor Robinson! El valor sobrenatural que habeis mostrado en la última accion es prenda segura del éxito de esta empresa. Nada de transaccion con los rebeldes... ¿entendeis, mayor?

DANIEL. (En la silla aterrado.) ¡No señor, nada!

MULGR. ¡La espada... y sólo la espada!

DANIEL. ¡Está bien! (Aparte.) ¡Aquí no se gana para sustos!

MULGR. Partireis dentro de tres horas.

DANIEL. ¿Yo?... ¿Dentro de tres horas?... ¡Pero, señor... sin prepararme... sin dejar arreglados los asuntos!...

MULGR. Ya entiendo... ¿Quisiérais combinar conmigo una especie de plan de campaña?... Es muy justo. ¡Reconozco en eso al buen militar! Mirad... aquí teneis la carta de Irlanda... marquemos los puntos... Venid acá.

DANIEL. (Acercándose, aparte) ¡Esto es casi peor que tomar el reducto!

MULGR. ¡Mirad! Los rebeldes se han apoderado de estos desfiladeros... nuestras tropas están aquí... ¿Qué os parece que debeis hacer?

DANIEL. (Despues de mirar un rato la carta con varios gestos.) ¡Ya lo sé!

MULGR. ¡A ver, á ver!

DANIEL. (Despues de mirar otro rato.) ¿Qué haríais vos?

MULGR. ¿Yo?... (Con importancia.) Yo apoyaria el ala izquierda en esta montaña.

DANIEL. ¡Eso es lo que yo habia pensado!

MULGR. ¿Y si el enemigo flanquea la montaña, cómo salvais este cuerpo de tropas?

DANIEL. ¿Este cuerpo? ¡Oh!... ¡Este cuerpo!... ¡Ya podeis figuraros, mi general, que yo trataré ante todas cosas de salvar este cuerpo!

MULGR. ¡Cómo que es el centro!

DANIEL. ¡Pues... el centro de todo! Vaya, ¿á que lo teneis ya pensado?

MULGR. Yo... atravesaria el rio y me echaria sobre este bosque.

DANIEL. Pues yo, general... salvo vuestro parecer... atravesaria el rio... y me echaria sobre este bosque.

MULGR. ¡Pues eso es precisamente lo que yo he dicho!

DANIEL. Entonces somos del mismo parecer. Yo creí que me habíais dicho que rodease...

MULGR. ¿La cordillera?... ¡Hombre, no!

DANIEL. ¡Es verdad, no! Atravesaré el bosque y me echaré en el rio...

MULGR. ¿Eh?

DANIEL. Digo... atravesaré el rio y me echaré en el bosque.

MULGR. (Retirándose de la mesa.) ¡Eso es! ¡Me habeis entendido mayor! Es preciso que acabeis la campaña en ocho dias. Antes que los rebeldes sepan nuestros planes y se fortifiquen, debeis caer sobre ellos. La empresa es arriesgada: vais á jugar vuestra vida; pero los hombres como vos, mayor, tienen la vida en poco.

DANIEL. ¡En nada! ¡Solo que este viaje tan precipitado me hace muy mala obra! ¡Y despues de una campaña!... Yo pensaba retirarme... traía entre manos un casamiento. .

MULGR. ¿Estais en vos, mayor? ¡Y el rey! ¡Y la patria... que ponen su suerte en vuestras manos!... ¡En circunstancias como estas, mayor, seria una traicion!

DANIEL. ¡Ave María!

MULGR. ¡Vos sois el hombre que necesitamos... sois el

hombre de la época! El rey cuenta con vos para pacificar la Irlanda. ¡No lo olvideis, mayor... el rey cuenta con vos! (Váse por la izquierda.)

ESCENA VII.

DANIEL.

DANIEL ¡Pacificar la Irlanda!... ¡Y han fusilado á un coronel... pues qué harán conmigo, que no soy más que mayor! ¿Y qué hago? ¿Decir que no quiero?... ¿Escaparme?... ¡Entonces todo lo paga mi hermano!... ¡Ay, qué calamidad de hermano!

ESCENA VIII.

DANIEL y SIR GUILLERMO.

GUILL (Que sale por la derecha.) Al fin os encuentro, señor mayor.

DANIEL. (Aparte.) ¡Ay... ahora este otro!... ¡Era lo que me faltaba!

GUILL. Os he seguido desde el campamento con ánimo de provocaros de nuevo... pero ya vengo con diversa intencion. He cedido á las lágrimas de mi hermana, y ya no exijo de vos más que una cosa: aquí teneis vuestro retrato y vuestras cartas: volvedme las suyas.

DANIEL. ¿Las suyas?... ¿Sus cartas... eh? ¿Me pedís sus cartas, no es esto?

GUILL. ¿Sin que quede una sola en vuestro poder... estais?

DANIEL. Estoy. Pero es el caso... que, ya se ve... yo no las tengo encima...

GUILL. ¡Ni un minuto espero, señor mayor; dadme ahora mismo esas cartas!

DANIEL. Bien; pero para daros las cartas, necesito ir por ellas, y no me dan tiempo; tengo que ir á pacificar la Irlanda ahora mismo: no he podido

obtener ni un dia de plazo para arreglar mis cosas para casarme.

GUILL. ¿Casaros?

DANIEL. (Aparte.) ¡Adios, ya se me escapó!

GUILL. (Furioso.) ¿Casaros? ¡Ese es el colmo de la infamia! Casaros... ¡y no con mi hermana!

DANIEL. ¡No se puede hablar en paz con este hombre! ¿Y quién os dice que no sea con vuestra hermana?

GUILL. (Sorprendido y gozoso.) ¡Cómo, qué oigo! ¿Es posible?

DANIEL. Ya se ve que es posible.

GUILL. ¡Cielos, habeis escuchado al fin el grito del honor! ¡Ah, sí! ¡Sois un hombre de bien, un militar honrado! Volveis la vida á mi pobre hermana, la estimacion á mi familia.

DANIEL. (Aparte.) ¡Pobre Sara, este es otro lio!

GUILL. ¿Y os niegan todo plazo?

DANIEL. Sí señor: por más que les he dicho que iré otro dia á pacificar la Irlanda, ¡nada, no lo consienten!

GUILL. Pues bien: ese plazo, yo lo obtendré.

DANIEL. (Aparte.) ¡Esta es otra!

GUILL. Yo he vertido la sangre por la patria. Le mostraré al Rey mis cicatrices, y le pediré por único premio que os conceda ese plazo.

DANIEL. ¡Sí, pedídselo, mi querido cuñado!

GUILL. (Abrazándolo.) ¡Ah! ¡Esa palabra me hace feliz! ¡Qué gozo será el de mi hermana! Aquí la he traido, está en Winsor. ¡Adios, mayor! Voy á ver al Rey, y os ofrezco que no partireis hoy. (Váse por la izquierda.)

ESCENA IX.

DANIEL, y luego SARA.

DANIEL. ¡Dios mio, cómo saldré de este laberinto! ¡La cosa no tiene lado bueno! ¡Ese hombre conseguirá que me quede hoy aquí! Por esta parte me libro del fusilamiento; pero si me quedo tengo que casarme con la señora Ana Jenquins. ¡Y mi pobre Sara! ¡Ay, hermano, hermano, dónde demonios andas!

SARA. (Saliendo de la derecha.) Daniel, ¿qué te queria aquel hombre?

DANIEL. Nada; el Rey no sabe nada.

SARA. ¡Gracias á Dios!

DANIEL. Pero hay otra cosa peor, si cabe. Querian enviarme á pelear á Irlanda.

SARA. ¡Dios mio!

DANIEL. Pero ya no voy; me quedo.

SARA. ¿Sí?

DANIEL. Sí; pero has de saber que aquel bárbaro de marino se ha soplado aquí.

SARA. ¡No lo dije!

DANIEL. A él debo el favor de no ir á Irlanda.

SARA. ¿De veras?

DANIEL. Pero en cambio he tenido que ofrecerle que me casaré con su hermana.

SARA. (Asustada.) ¿Casaros con su hermana? ¡Dios mio! ¿qué decís? ¿Pues y yo?

DANIEL. No te aflijas, ya veremos. Lo principal era no ir á Irlanda; por lo demás... ¡qué diablos! Una boda no se hace así tan de repente, inventaré algo para ganar tiempo; entretanto llega mi hermano.

SARA (Llorando.) ¡O no llega! Que yo ya he perdido las esperanzas, y os tendreis que casar con esa mujer, y vivir aquí, y dejar la fábrica; y yo pediré limosna, y me moriré.

DANIEL. ¡Vamos, Sara, vamos, por Dios! ¡Que estoy

que se me puede ahogar con un cabello; no llores, por Dios!

SARA. ¡Pobre de mí!

DANIEL. ¡Chit, que viene gente!

ESCENA X.

DICHOS, LORD MULGRAVE por la izquierda.

MULG. (A la puerta.) En la sala del trono, que todo esté dispuesto; ¡andad pronto! (Dirigiéndose á Daniel.) Están cumplidos vuestros deseos: el Rey aprueba vuestro casamiento con miss Ana Jenquins.

SARA. (Aparte.) ¡Dios!

MULGR. Recibireis ahora mismo la bendicion nupcial, en la capilla de palacio...

DANIEL. (Aterrado.) ¡Ahora mismo!

MULGR. El rey se digna ser vuestro padrino... y mañana marchareis á Irlanda.

DANIEL. ¡Mañana!

MULGR. (Dándole un pliego.) Ahí teneis el regalo de boda que os hace S. M. Para reemplazar al coronel Turner debíamos enviar otro coronel... Ahí teneis el despacho.

DANIEL. (Aparte.) ¡Para que me fusilen!

MULGR. Preparaos para firmar el contrato. (Váse por la izquierda.)

ESCENA XI.

DANIEL y SARA.

DANIEL. ¡No hay escape... me casan y me fusilan!

SARA. (A punto de desmayarse.) ¡Se casa! ¡Dios mio! ¡Desgraciada de mí... yo me muero!

DANIEL. ¡Sara!... ¡Se va á desmayar! ¡Sara... no te mueras! ¡Se acabó... yo voy á descubrirlo todo!... ¡Espérame aquí... todo... aunque me degüellen!

ESCENA XII.

DICHOS y TOBI.

TOBI. (Sale precipitado por la derecha.) ¡Ea... pronto aquí dentro, que traigo una gran noticia!..

DANIEL. (Sosteniendo á Sara.) ¡Señor Tobi... nos hemos perdido!

TOBI. ¡Nos hemos salvado!

DANIEL. ¡Cómo!...

TOBI. ¡Que no os vean aquí... vamos adentro!

DANIEL. Pero la pobre Sara...

TOBI. (Sosteniéndola.) Yo la cuidaré... Andad pronto... ¡Voto á brios! Entrad en el cuarto y vereis... (Empujándole.) ¡Pronto! (Lo mete por la derecha.) ¡Pobre muchacha! ¡Sara... volved en vos! Cuando ella sepa...

ESCENA XIII.

SARA desmayada y sostenida por TOBI, SIR GUILLERMO, LORD MULGRAVE, ACOMPAÑAMIENTO, luego JORGE ROBINSON. Ábrense las puertas del foro, se ve la sala del trono, y al rey de Inglaterra Jorge II con su córte; lord Mulgrave está á su lado; delante del rey, sir Guillermo Jenquins, que trae de la mano á su hermana, y ambos doblan la rodilla: el rey los levanta, y les señala la mesa dispuesta para firmar los contratos. Todos miran hácia la mesa como esperando á alguno. Sir Guillermo, impaciente, sale de la sala y viene al proscenio.

TOBI. (Mientras pasa lo anterior.) ¡Sara! Ya han abierto las puertas... ¡qué demonio de desmayo! ¡Nos van á ver aquí! ¡Señora... ya creo que vuelve en sí!

GUILL. (Bajando.) ¿Qué hace Jorge Robinson que no viene? ¡Que está esperando S. M.! ¡Si tratará de volver á las andadas!... ¡Señor mayor!

JORGE. (Saliendo por la derecha.) Aquí estoy, sir Guillermo, dispuesto á seguiros al altar.

GUILL. ¡Ah, venid pronto... el rey os está esperando! (Lo conduce á la sala: Jorge dobla la rodilla ante el rey: este lo levanta y le entrega la mano de miss Ana: ambos se dirigen á la mesa á firmar el contrato, guiados por lord Mulgrave. Durante esta ceremonia, Sara va volviendo en sí.)

TOBI. ¡Ahí está mi capitan... lleno de honores... con el favor del rey!

SARA. ¡Dios mio!

TOBI. ¡Vamos... arriba... ánimo!

SARA. ¿Dónde está? (Mirando alrededor.) ¿Dónde está mi Daniel? (Viéndole en la sala firmar el contrato, al lado de miss Ana.) ¡Cielos... allí está!... ¡El es! (Queriendo ir desesperada hácia el foro.) ¡Ah, falso, yo lo impediré!

TOBI. (Deteniéndola.) ¡Estais loca!

SARA. ¡Dejadme! ¡Daniel!

TOBI. Vamos... juicio... que no es él.

SARA. ¡Sí, sí... él es... que me deja... que se casa con otra!

TABI. ¡Dale... cuando os digo que no es él!... ¡Venid, venid por aquí, y vereis!... ¡Mirad!

ESCENA XIV.

DICHOS y DANIEL en el traje del acto primero, sale apresurado por la derecha.

DANIEL. (Queriendo abrazarla.) ¡Sara!

SARA. (Desviándose.) ¡Callá... este es el otro!

DANIEL. No... soy yo... «¡Juego limpio!»

SARA. ¡Ah, él es! (Echase en sus brazos.)

DANIEL. Ya llegó mi hermano Jorge... le enteré de todo, y... (Mirando al foro.) ¡Mírale... mírale firmando el contrato!

SARA. ¡Ah, qué alegría!

TOBI. ¡El pobre capitan habia caido en una emboscada enemiga, y estaba prisionero... cómo habia de

venir!... Ya está aquí, y mandará el regimiento.

DANIEL. Y yo me vuelvo á mi cerveza... y á mi Sara. (Abrazándola.)

TOBI. ¡Sí, sí... marchaos pronto!

DANIEL. (Al público.) Ya que sin hacerlo bien
me han dado por carambola
tanto aplauso y parabien,
público, ruede la bola,
y apláudeme tú tambien.

FIN DEL DRAMA.